NUBES

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON PEDRO MARÍA BARRERA

MADRID
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO
Espíritu Santo, 35, triplicado.

NUBES

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON PEDRO MARÍA BARRERA

ESTRENADA CON APLAUSO EN MADRID, EN EL TEATRO DE VARIEDADES
EL 7 DE SETIEMBRE DE 1871.

distinguido escritor D. José Velazquez
Sanchez.
En testimonio de cariño

El Autor

MADRID
IMPRENTA DE LOS SEÑORES MEDINA Y NAVARRO
Espíritu Santo, 35, triplicado.

PERSONAJES.	ACTORES.
AMPARO	DOÑA MERCEDES BUZON.
ELENA	DOÑA JUANA GONZALEZ.
MANUEL	DON JOSÉ VALLÉS.

La accion pasa en Madrid y es contemporánea.
Por derecha é izquierda entiéndase la del actor.

AL SEÑOR DON JUAN DE COUPIGNY.

Sabes, queridísimo Juan, cómo y por qué se ha escrito este juguete, y sin duda adivinas que, aunque carezca por completo de mérito literario, siempre ha de ser para mi la más apreciada de mis obras. En este concepto te la dedica tu mejor amigo, tu hermano de corazon,

PERICO.

24 Junio 1871.

ACTO ÚNICO.

Gabinete elegante de forma ochavada.—Puertas laterales.—Otra en una de las ochavas y en la opuesta un balcon.—Al fondo chimenea con un espejo grande.—Sobre la repisa un vaso con leche, dos jarrones sin flores, candelabros con bugías encendidas y en medio un reloj.—Un piano con libros y cuadernos de música.—Un velador con un timbre eléctrico.—Butacas y sillas.—Toda la escena debe tener el sello del lujo y la elegancia.

ESCENA PRIMERA.

MANUEL *acabando de leer una carta.*

»...Espero á usted en casa esta noche, de once á once y » media. Importa el secreto más absoluto. Suya invariable y afectísima amiga Q. B. S. M.—CÁRMEN CARRILLO.»—¿Y qué digo yo ahora á mi mujer y á mi hermana?... Bien sé que Elena no tendrá una sola queja para culpar mi conducta; es tan bondadosa y me quiere tanto la pobrecilla!... ¡Pero Amparo!... ¡Amparo!... ¡con su carácter; con su refinada malicia; con su ingénio diabólico!... Y no hay escape: tengo el deber de acudir á esta cita. Si pudiera decir «esto pasa,» ya estábamos al otro lado de la calle; pero, nada de eso, no, señor; lo primero que se me encarga es guardar el más absoluto secreto. Y aquí se trata de algo importante. Cármen es mujer de mucho juicio y de muy claro talento, y no me llamaria para una impertinencia. ¡Nada! Echaré un pretexto cualquiera para motivar mi escapatoria, y así salgo del paso por el momento. ¡Eso es! *(Mirando por el balcon.)* ¡Qué perfectamente se ven desde este balcon los salones de la condesa!... Parecen áscuas de oro.

¡Qué profusion de luces y de flores!... ¡Qué multitud de jóvenes encantadoras, radiantes de contento y de hermosura!... Las bocas sonrien; las miradas hablan... Todo es ahí alegría y regocijo.

ESCENA II.

MANUEL, AMPARO Y ELENA *en trage de baile.*

ELENA.

(Aparte á Amparo.) ¿Ves?... todavía tiene la carta en la mano.

AMPARO.

(Aparte á Elena.) Descuida: yo me encargo de que sepas su contenido.

ELENA.

Ya estamos aquí, Manolo... No dirás que se ha abusado de tu paciencia, porque nos hemos arreglado en un momento.

MANUEL.

Es verdad, es mucha verdad. ¡Y qué lindas!... ¡anda! ¡anda!... vais á dar cada disgusto á los corazones impresionables... *(Guardándose la carta.)*

AMPARO.

¿Lo dices por burla, hermanito de mis pecados?

MANUEL.

Lo digo porque siempre rindo culto á la verdad, hermanita quisquillosa. *(Se echa en una butaca.)*

AMPARO.

Gracias por el piropo y el adjetivo.

ELENA.

¡Calla!... ¿ahora te sientas?... ¡me gusta la salida!...

MANUEL.

Mi querida Elena, tengo que decirte—y á usted tambien, señora doña Amparo—que la carta que he recibido hace poco, ha dado al traste con nuestro plan de baile: os ireis solas. Un amigo íntimo que no tiene aquí familia, que está enfermo y que vive en una fonda, me ruega vaya á hacerle compañía y yo no puedo ni debo desatender su ruego.

ELENA.

¡Mira qué amigo más fastidioso! ir á ponerse enfermo con tanta oportunidad.

AMPARO.

Pues es cosa muy comun, hija mia, muy comun. Entre los infinitos amigos de mi marido nunca faltaba uno para aguar mis diversiones. Y lo más raro es que todos sanan por arte de birli-birloque y cuando una ha empezado á rezar por el alma del pobrecito amigo, creyéndole ya en el cementerio, suele presentarse el susodicho con una salud insolente y más colorado que una guinda.

MANUEL.

¿Has acabado ya?

AMPARO.

No se me ocurre más en este momento.

MANUEL.

En ese caso voy á ponerme una levita y un abrigo: no perdais aquí el tiempo. Estoy seguro de que mi Elena, mientras bajais la escalera y subís la de la casa de enfrente, te dirá que ella no es como tú, ni su marido como tu marido, ni los amigos de su marido como los amigos de tu marido. Conque divertirse mucho y hasta la vuelta. *(Puerta de la derecha.)*

ESCENA III.

AMPARO, ELENA.

ELENA.

¿Sabes que me arrepiento de haber pensado mal de mi Manolo?... Si no fuera cierto lo que dice, no hablaría con ese aplomo; estoy convencida.

AMPARO.

En Bábia es donde tú estás, inocentona, en Bábia. ¿Quieres que cuando uno de esos bribones nos prepara alguna jugarreta, sea tan torpe que deje descubrir la hilaza?... Y ya ves, Manolo es hermano mio y le quiero mucho; pero como sé que todos están cortados por un patron, tengo necesidad de pensar siempre mal de ellos y de abrir los ojos á las que comulgan con ruedas de molino.

ELENA.

¿Es decir que tú sospechas que la carta que yo mis-

ma he dado á Manolo es un indicio de que soy engañada?

AMPARO.

No, Elena; no sospecho. Juraria que esa cartita encierra una historia.

ELENA.

Por Dios, Amparo, no hables de ese modo ó lograrás que formalmente me asuste. ¿Por qué no hemos de creer lo que nos ha dicho mi marido?... ¿No es verosímil?...

AMPARO.

Sí, eh?.... Ven acá, alma de Dios, ven acá y vamos á reunir datos, á ver si todas son flores. Tú me has dicho que esa carta la ha traido una muchacha.

ELENA.

Así es la verdad; ¿y qué?

AMPARO.

¡Nada! que como en las fondas hay camareros para servir á los hombres, queda perfectamente explicado el que una muchacha haya traido la misiva. Tú me has dicho tambien que la letra del sobre era de mujer.

ELENA.

Tal me pareció.

AMPARO.

Y á mí me parece que un soltero, que además está enfermo y que además vive en una fonda, es muy natural que tenga por secretario á una jóven para que le escriba esquelitas á los amigos.

ELENA.

¡Oh!... me estás haciendo un daño...

AMPARO.

Hay más. Tú has notado tambien que el papel trasminaba á esencia de heno, que era una bendicion.

ELENA.

De eso estoy segurísima.

AMPARO.

Pues si algo faltaba para probar la inocencia del señor don Manolito, ya no falta nada. Digo, tú no me negarás que está averiguado que las epístolas perfumadas parten siempre de los hombres y especialmente de los que se encuentran en cama.

ELENA.

¡Ah! dices bien, ¡qué desgraciada soy!... Porque tienes

razon, esa carta es de una mujer, y cuando ella le escribe es indicio de que él la hace caso.

AMPARO.

Por fortuna tuya me tienes aquí contigo: la situacion está turbia; se aclarará.

ELENA.

Sí; y va á ser en seguida. Ahora mismo voy á exigirle esa carta...

AMPARO.

¡Ta, ta, ta! Guárdate bien de añadir semejante tontería á la de habérsela dado sin leerla primero.

ELENA.

Se la he dado porque venia dirigida á él, y yo no debia...

AMPARO.

Cállate, criatura, cállate y no digas sandeces. La mujer no tiene más deber que averiguar hasta por qué duerme su marido y hacer cuanto se le antoje, de modo que él crea que ella sólo trata de complacerle.

ELENA.

Será lo que quieras, pero yo necesito convencerme de que es mio el cariño de Manolo para vivir tranquila, ó de que soy engañada para no estar ni una hora más á su lado.

AMPARO.

¡Magnífico! ¡sublime! ¡un divorcio!... ¡un escándalo!... No se trata de eso; se trata de que Manolo no salga esta noche de casa, para evitar que el amiguito le vea, y en esto es en lo que debemos pensar y esto es lo que vamos á conseguir.

ELENA.

Él es muy dueño de entrar ó salir cuando guste, y por otra parte, de nada servirá que nos opongamos, si tiene empeño en irse solo.

AMPARO.

Es que nosotras no nos opondremos á que salga. Con renunciar al baile y decir tú que no te sientes bien, está todo arreglado.

ELENA.

Haré cuanto quieras con tal de que él no se separe de mí. Le diré que tengo jaqueca.

AMPARO.

Eso; y si te parece poco, añade que te duelen los hue-

sos horriblemente. Creo que es dolencia muy difícil de conocer.

ELENA.

Y mira tú, Amparo mia, lo que hace el cariño; tengo escrúpulos de engañar á Manolo diciéndole que estoy mala.

AMPARO.

¡Escrúpulos!... ¡Cuando digo que tu sangre es horchata de chufas! Al salir para la Habana mi marido estaba muy seguro de que yo me quedaba en Madrid por obedecerle, y sabes muy bien que ántes de que le diesen el destino que allí desempeña, ya tenia yo metida entre ceja y ceja la idea de no moverme de aquí. Sabes tambien que sigo en mis trece y, así y todo, en mi última carta le decia que no puedo vivir léjos de él y que el mejor dia me planto en Cádiz y tomo rumbo para Cuba. Y ya ves tú, ¿á quién he perjudicado con sentir una cosa y decir otra á Wenceslao?... Las mentiras inocentes las recomienda, ó debia recomendarlas, la doctrina cristiana en los casos de apuro. Mientras yo me desnudo, ensaya tú al espejo una carita triste y dolorida. Vuelvo al momento. *(Sale por la puerta del segundo término izquierda.)*

ESCENA IV.

ELENA.

Vé con Dios. ¡Cuánto le envidio ese carácter!... ¿Será cierto que ya no me ama mi marido?... Dudo, me asesina la duda y, sin embargo, temo que llegue el momomento de no dudar, por si es el de la desesperacion.

ESCENA V.

ELENA, MANUEL.

MANUEL.

¡Hola!... ¿todavía por aquí?... Mira que se va haciendo tarde; cerca de las once y media.

ELENA.

Hemos renunciado al baile porque me siento mal; me

ha dado de repente una jaqueca atroz. Amparo está desnudándose, y yo pensaba ahora retirarme á mi alcoba.

MANUEL.

¿De veras?... ¡parece que lo hace el demonio! Yo que estaba tan contento porque ibas á pasar la noche entretenida...

ELENA.

Pues ya ves; la pasaré mortificada.

MANUEL.

(Si pudiera decirla...)

ELENA.

¿No vas á acompañar á ese amigo?...

MANUEL.

¿A qué amigo?... ¡Ah! sí; al enfermo. ¡Pobrecillo!... (¡Que se vea un marido modelo obligado á engañar á su mujer!)

ELENA.

Sí, pobrecillo:.. ¿Y qué letra tiene tan menudita, verdad?

MANUEL.

Es verdad, es mucha verdad. Siempre ha sido muy perezoso y por pereza hace la letra pequeña. Dice que así se mueve ménos la mano y se escribe más pronto.

ELENA.

(¡Infame! ¡con qué descaro miente!) Y qué papel tan perfumado gasta...

MANUEL.

Cierto: ¿lo has notado?... Ese chico tiene el capricho de gastar su patrimonio en las perfumerias. Es su flaco. (Se me debe conocer en la cara que estoy mintiendo como un chino. Y mi mujer sospecha que me voy por esos mundos de Dios á echar una cana al aire... Habla con un retintin...)

ELENA.

Toma. *(Dándole el sombrero y los guantes.)*

MANUEL.

¿Qué me das?

ELENA.

El sombrero y las guantes.

MANUEL.

¡Ah! ¡ya!... Gracias, muchísimas gracias. Pero, mira hijita, me parece una tontería que, por estar ligeramente indispuesta, os quedeis en casa; la animacion es

un gran calmante... acaso en el baile se te pasaria eso...

ELENA.

No, no; estoy segura de que me pondria peor.

MANUEL.

¿Tan mal te sientes? (*Con ternura y sobresalto.*)

ELENA.

Bastante mal.

MANUEL.

En ese caso ántes de media hora me tienes de vuelta. Veré á mi amigo y le diré lo que ocurre. Tú eres para mí ántes que todo y por nada de este mundo cederia el dulcísimo derecho de embriagarme con tus alegrías y consolarte en tus sufrimientos. (¡Si supiera mi hermanita lo que por ella rabio en este instante!)

ELENA.

Yo te agradezco esas palabras con toda mi alma.

MANUEL.

¡Agradecer!... ¿estás loca?... ¿Has olvidado ya que soy tu esclavo voluntario?... ¿que para mí no hay dicha posible si no la comparto contigo?... ¿que basta una mirada de esos hermosos y rasgados ojos azules para que se disipen todos mis sinsabores, y que estoy más orgulloso de llamarte mia, que pudo estarlo Colon de descubrir un mundo? Yo no quiero que usted me agradezca nada: ¿lo oye usted?... ¿lo entiende usted, señora?... Aquí no hay más que una reina y un súbdito; la una manda, el otro obedece de coronilla y *Laus Deo*.

ELENA.

Si me prometieras no enfadarte, me atreveria á decirte que... no sé por qué—sin ningun fundamento—sospecho que eso lo dices por pura galantería.

MANUEL.

A esa duda que no merezco, puede seguir una prueba que no esquivo. Nunca te he negado nada y nada te negaré en adelante.

ELENA.

¿Nada? ¿nada?

MANUEL.

Está dicho.

ELENA.

En ese caso... si te pido la carta de tu amigo... no tendrás inconveniente en dármela.

MANUEL.

(¡Ciertos son los toros! se figura que me permito trapicheos como un marido de tres al cuarto. ¡Oh!... maldito secreto.)

ELENA.

¿No me contestas?... ¿No has oido lo que te he dicho?

MANUEL.

Sí, Elena, sí; te he oido perfectamente y tengo el sentimiento — créeme — el profundo sentimiento de responderte que esa carta, aunque es mia no es mia, y aunque deseo dártela no puedo dártela.

ELENA.

¿No es tuya?... ¿no puedes dármela?... ¿Luego mi sospecha tenia fundamento?... Bien dice Amparo.

MANUEL.

¿Y qué dice Amparo? ¿qué embolismo te ha metido en la cabeza esa bachillera?

ELENA.

Nada, no dice nada.

MANUEL.

No, no; es que tú acabas de indicar...

ELENA.

Yo no sé lo que he indicado ni quiero hablar más de esto. Hagamos punto.

MANUEL.

Tú eres la que vas á hacer el favor de no atormentarme. (*Suena una campanada.*) (¡Las once y media!) En fin, no puedo detenerme más. A mi vuelta hablaremos y tengo la certeza de que acabarás por echarte en mis brazos, que cada vez te estrechan con más entusiasmo. Hasta luego, picajosa de mis ojos. (*Volviendo desde la puerta.*) ¡Ah!... mira, de paso llegaré casa de tu médico y diré que venga á verte al momento.

ELENA.

Es inútil; no lo necesito para nada.

MANUEL.

¿No?... hágase tu voluntad. Hasta la vuelta. (*Puerta, primer término de la izquierda.*)

ESCENA VI.

ELENA.

Arde mi frente y late azorado mi corazon. Las lágrimas se agolpan á mis ojos y exhala mi alma suspiros del más amargo pesar. La negativa de Manolo al pedirle la carta prueba que me es infiel; su salida despues de indicarle que estoy indispuesta, demuestra que ya no me ama. Ha llegado el caso de acallar la voz de la ternura y tomar un partido.

ESCENA VII.

ELENA, AMPARO.

AMPARO.

¿Estás sola?... ¿Todavia no ha parecido mi hermano?... ¡Pues ni que fuera como hacer un arco de catedral cambiar el frac por la levita!

ELENA.

Ha parecido y ha vuelto á desaparecer.

AMPARO.

¿Qué dices?... ¿Le has dejado salir?... ¿No le has dicho que tenias jaqueca?...

ELENA.

Se lo he dicho y, sin embargo, se ha marchado.

AMPARO.

¿Y ni siquiera le has arrancado los ojos?... ¡Bobalicona!... Cuéntame, cuéntame lo que ha sucedido.

ELENA.

Nada. Le dije que no me sentia bien, y me dijo unas cuantas frases de esas que nosotras oimos con tanto gusto y que no significan nada. Me juró que no tenia más voluntad que la mia, y le pedí la carta que, como supondrás, me ha negado, pretextando no recuerdo qué. Eso es todo. Ya que lo sabes, compadéceme, porque soy la mujer más desgraciada del mundo.

AMPARO.

Mira si yo tenia razon; ¿eh?... ¡los angelitos! Mucho de « es usted hechicera; por una sonrisa de esa boquita

de claveles daria yo la mitad de mi vida;» despues mucho de «te adoro; te idolatro; eres mi ángel de la guarda, etc. etc.;» y por último, llegan las partidas serranas y la hipocresía y los embustes, y no hay nada de lo dicho. ¡Horror! ¡horror!... ¿Pero qué haces?... ¿Lloras?... Domínate, mujer, domínate. Vale una lágrima tuya más que todo ese sexo de saltimbanquis disfrazados de reyes del hogar y señores de la creacion.

ELENA.

¡Ay, hermana mia! ¡Es que le adoraba; es que le adoro con delirio!

AMPARO.

¡Lástima de adoracion tan bien empleada!

ELENA.

Voy á escribir á mi mamá; me volveré á su lado y Dios perdone á ese fementido como yo le perdono.

AMPARO.

¡Da ira oirte decir tales cosas! ¡Perdonar!... ¿Hay perdon divino ni humano para el que engaña á una mujer jóven, bonita y más que buena y más que cariñosa?... ¡Nada! ¡nada! A pesar de los pesares, esta misma noche tendrás en tu poder la codiciada epístola, y, ó yo me borro el nombre de Amparo, ó ese trapalon paga lo que debe, y entona el *mea culpa*. Vé tú á despojarte de esas galas; aquí te espero meditando lo que hemos de hacer.

ELENA.

¡Oh! si realizaras lo que me ofreces, te deberia más que la vida.

AMPARO.

Cuéntalo por realizado y no me lo agradezcas; es cuestion de sexo, en que estoy tan interesada como tú. ¡Ah!.. dime, ¿no conservas las cartas que os escribisteis cuando erais novios?

ELENA.

Sí, todas. El dia que nos casamos me dió Manolo las que tenia mias, y las guardé juntas con las suyas en un cajita.

AMPARO.

Pues busca la cajita. Acaso nos sea útil.

ELENA.

La buscaré.—Hasta ahora. *(Puerta segundo término izquierda.)*

ESCENA VIII.

AMPARO.

¡Pobre Elena!... Es una chica angelical y ese condenado debia besar la tierra que ella pisa. Pero ¡buenas y gordas!... hasta se figurará que la hace un favor ocultándola que la engaña.—Dejémonos de filosofía y vamos á lo que importa. Las cartas que guarda Elena serán como todas las que se escriben sobre el mismo asunto: alguna habrá que venga de molde á mis propósitos. Mi señor hermano tiene aversion á los perritos falderos; necesitamos un perro faldero, que me prestará la vecina del lado. Es enemigo de la música francesa; tocaré al piano la danza de las Bacantes para que trague saliva. No puede parar en este tiempo en habitaciones donde marque el termómetro ménos de doce grados sobre cero; abriré el balcon cuando le sienta volver y se encontrará en plena Siberia. Odia las flores naturales porque dice que de noche exhalan no sé qué veneno; me traeré aquí los dos magníficos ramos que hoy me ha regalado un amigo íntimo de mi marido, que se dedica asíduamente á hacerme la córte, y asi proporcionaré una nueva molestia á ese marido volandero. ¡Ajajá! (*Toca el timbre.*) El piano, el balcon, las flores, y sobre todo el faldero. (*Vuelve á tocar.*) Si la vecina sospechara el compromiso en que puede verse el pobre Sultan, de seguro no me lo prestaria. Pero ¿en qué pensarán esas muchachas?... ¿estarán sordas?... (*Dirigiéndose á la puerta por donde se supone la entrada.*) ¡Qué alma os ha dado Dios, Timotea, qué alma!... ya era tiempo de que acudiese alguien: he llamado dos veces. No te disculpes, no me contestes, no quiero saber nada. Pasa al cuarto de la izquierda y díle á la señora que vas de mi parte por el Sultan. Por el pasillo me lo llevas á las habitaciones de la señorita Elena. ¿Te has enterado?... sí, ¿eh?... pues vivito. (*Se retira de la puerta.*)—¿Qué seria de esa inocentona si no me tuviese á mí aquí? Buena vida de perros la esperaba.—¡Ah! El vaso de leche de vacas que toma todas las noches Manolo al recogerse. Lo que es ésta se va á quedar con las ganas, porque ahora mismo van leche y vaso á la calle. (*Toma el vaso*

que estará sobre la chimenea y abre el balcon.) ¡Qué helada está cayendo!... no recuerdo otro invierno tan crudo ! *(Tira el vaso. La voz de Manuel grita desde fuera.)*—«¿Cuándo piensa usted decir agua va?»—Ave María purísima!...—Es la voz de mi hermano ; ¡bueno le habré puesto!... ¡Mejor, mejor y mejor !... Con este detalle no habiamos contado, y asi como así es muy justo que él aproveche lo que él paga. Dejo abierto y me marcho ántes de que me coja una pulmonía. *(Desaparece por la puerta del segundo término izquierda.)*

ESCENA IX.

MANUEL.

Nada!... No ha sido agua limpia ni agua sucia ni... Buen chaparron ha estado!... Me han puesto perdidos el sombrero y el gaban. Y vaya usted á saber quién habrá sido la grandísima... En este dichoso Madrid hay gentes para todo. ¿Cómo seguirá mi adorada enferma?... Ha cerrado la puerta de su alcoba. *(Golpeando suavemente.)* ¡Elena!... ¡Elenita! no responde; dejémosla descansar. La pobrecilla se quedó enojada conmigo y, despues de haberla dado un disgusto, no he visto á Cármen que, segun me han dicho, acababa de salir cuando yo llegué á su casa. ¡Canario!... ¡qué frio tengo! ¡Los que estén de centinela en la Punta del diamante, gran noche van á pasar!... Por supuesto que tambien para mí se presenta deliciosa. Mi mujer delicada y no contenta, y la carta de Cármen indicando que puede ocurrirle á Amparo algo gordo. ¿Será que le ha dado el vómito ó la fiebre á su marido y desde el otro mundo se ha ido... al otro mundo ? Será... pero ¡demonio! yo tirito como un perro chino. *(Música fuera.)* ¡Hola!... ¡un wals!... ¿Desde aquí se oye la música del baile?...—¡Ya lo creo!.. ¡ya lo creo!... Así me voy yo convirtiendo en un sorbete. *(Cierra el balcon.)* Confunda Dios la mano homicida que ha dejado abierto este balcon.—¡Brillantes están los salones de la condesa!... Y no me engaño; allí veo á Cármen; ¡sí, es ella!... Aprovecho la circunstancia de no estar visible mi mujer para ir á enterarme de ese asunto de...—Voy por otro sombrero y á encajarme de nuevo el frac. *(Puerta de la derecha.)*

ESCENA X.

AMPARO, ELENA.

(Cada una saca un gran ramo de flores.)

AMPARO.

(A media voz.) Ya ha salido. Pon un ramo sobre la chimenea y otro en el velador. Yo estaré de centinela para evitar una sorpresa. *(Da el ramo á Elena y se pone á acechar, mirando por entre el portier del gabinete de Manuel. Elena coloca los ramos.)*

ELENA.

Muy bien pensado. Dime Amparo, ¿no te parece de buen agüero el que Manolo haya vuelto tan pronto?

AMPARO.

(Todo el resto de la escena sigue á media voz.) ¡Chist!... baja la voz. Si nos oye, da nuestro plan en tierra.

ELENA.

Tienes razon. Estoy tan atolondrada...

AMPARO.

No perdamos el tiempo. Busca entre esos cuadernos de música la danza de las Bacantes.

ELENA.

Pero, mujer, si te he dicho que no está; que no tengo ni una sola pieza de música francesa.

AMPARO.

Y yo te aseguro que sí está. No hace una semana que la compré y la eché ahí encima. Búscala, búscala, pero de prisita. *(Elena busca entre los pápeles que hay sobre el piano.)*

ELENA.

Walses de Strauss: la sinfonía de Semíramis; el Scherzo de Bethoven en sí bemol; la introduccion del Grumete...

AMPARO.

Siento pasos; déjalo y echemos á correr. *(Salen precipitadamente por la puerta de la izquierda, segundo término.)*

ESCENA XI.

MANUEL.

Pues señor, vamos allá. ¡Diablo!... qué perfumada se ha puesto esta atmósfera. Huele á mujer jóven... á mu-

jer bonita!... Si la mia habrá... *(Golpeando suavemente en la puerta de la alcoba de Elena.)*—¡Elena!... !Elena!... ¡nada! decididamente está reposando. *Allons donc. (Izquierda, primer término.)*

ESCENA XII.

AMPARO, ELENA. *(Amparo saca una cajita.)*

ELENA.

¡Se vuelve á marchar!...

AMPARO.

Vaya bendito de Dios.

ELENA.

Estoy por llamarle y suplicarle que se quede.

AMPARO.

Nunca, hija, nunca!... Nada de súplicas; nada de debilidad. Dejemos aquí la cajita *(sobre el velador)* mientras busco esa danza de Gounod. *(Elena se pone á mirar por el balcon; Amparo revuelve los papeles de música.)*

ELENA.

Si despues de todo él se enfada y me las echa de amo de casa, me voy á divertir. Yo no sirvo para estas cosas. Yo no sé más que quererle mucho y cumplir mis deberes y aquí paz y despues gloria.

AMPARO.

Pues deber tuyo es tenerlo sujetito y evitar que ande á picos pardos. Poco importan los medios cuando el fin es muy bueno y muy santo. *(Sigue revolviendo papeles.)*

ELENA.

Ya ha salido y atraviesa la calle. Entra en casa de la condesa. Ves?... Se va solo al baile.

AMPARO.

Ahí tienes lo que yo te decia. ¡Hombres! ¡hombres!... al mejor, quemarlo. Ha conseguido que nosotras nos quedemos en casa y ahora va él á solazarse. Eso es para que dudes que cuando los maridos dicen que tienen amigos enfermos, lo que tienen es gana de sacar los piés del plato. ¡Ah!... aquí está la danza. La dejo colocada para cuando llegue su turno. *(Poniéndola en el atril.)*

ELENA.

¡Amparo! ¡Amparo!

AMPARO.

¿Qué te pasa?

ELENA.

Que acabo de ver á Manolo en los salones del baile. Mírale; allí está.

AMPARO.

¡Cierto!... ¿á quién saluda?... ¡ya! Es mi cuñada; es Cármen, está hablándole al oido...

ELENA.

Y él la enseña la carta; ¡era de ella!...

AMPARO.

¡Ahí tienes! ahí tienes á doña escrúpulos de monja; sin duda cortó relaciones conmigo para distraer más fácilmente á mi hermano.

ELENA.

El la ofrece el brazo...

AMPARO.

Y ella lo toma.

ELENA.

Yo necesito sorprenderlos; yo voy á confundirlos...

AMPARO.

No desatines. Nuestro campo de batalla está aquí y aquí debemos esperar al enemigo.

ELENA.

Ya salen del salon...

AMPARO.

Ya se han eclipsado. *(Se retira del balcon.)* ¿Qué te parece, qué te parece la hermanita de mi señor habanero D. Wenceslao Carrillo?

ELENA.

Por supuesto que soy una loca. Despues de todo, lo que acabamos de ver no tiene nada de particular.

AMPARO.

Sí; despues de todo habrán salido á rezar el rosario.

ELENA.

Te aseguro que la jaqueca fingida ha concluido por ser cierta; no sé donde tengo la cabeza. *(Sin separarse del balcon.)*

AMPARO.

Mal hecho, muy mal hecho. Nadie tiene más disgustos que los que quiere tomarse... Si yo pudiera infundir mi alma y mis ideas en todas las mujeres, qué derechitos andarian esos Nerones de quincalla!... En fin, voy

á leer tu correspondencia. *(Saca de la cajita cartas que comienza á leer.)*

ELENA.

(¡Dios mio!... si mi marido me es infiel, que nunca llegue yo á saberlo. Que me engañe, pero que me haga creer que me quiere.)

AMPARO.

(Leyendo una carta.) « 25 de Julio. Hoy no te he visto » en el paseo; mañana á las seis voy al Retiro y subiré á » la Montaña rusa.»—Quedamos enterados.

ELENA.

(Al balcon.) Cármen está otra vez allí; pero no veo á Manolo. *(Amparo habrá tomado otra carta.)*

AMPARO.

Ya encontré lo que buscaba; oye: *(Leyendo.)* « Acabo » de recibir la tuya y, pretextando que me duele la cabe- » za, conseguiré quedarme esta noche en casa. Tendre- » mos para vernos desde las ocho y media hasta las once. » No dirás que no trato de complacerte. Hago punto fi- »nal, porque temo que me vean. Te quiere mucho, E.»

ELENA.

Esa carta se la escribí el dia que hablamos por primera vez por el ventanillo.

AMPARO.

Pues con ella sentirá por primera vez el aguijon de los celos.

ELENA.

Bueno fuera que él la recordara y no cayera en el lazo.

AMPARO.

¿Recordar?... ¡sí... si!... Eso seria sublime y lo sublime está reñido con el sexo barbado. Pero no perdamos el tiempo; llévate las cartas y tráeme el Sultan. (*Elena sale.*) Me parece que oigo abrir la puerta de la calle : sí; han abierto.

ELENA.

Aquí tienes el falderillo.

AMPARO.

Está bien; vuélvete á tu gabinete, cierra, y cuidado con olvidar nada de lo que hemos convenido.

ELENA.

No lo temas; se trata de la felicidad de toda mi vida. (*Amparo se queda con el perro.*)

ESCENA XIII.

AMPARO.

Por si va á comenzar la batalla, nos pondremos bien con el cielo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo: amen. Ahora empiezo yo á estar en mi elemento; no comprendo para qué hemos nacido si no es para pelearnos constantemente unos con otros.

ESCENA XIV.

AMPARO, MANUEL.

MANUEL.

¡Hola!... ¿Tú por aquí? me alegro.

AMPARO.

Aquí me entretenia en bostezar. No sé estar sola sin fastidiarme.

MANUEL.

¿Y Elena?... duerme?...

AMPARO.

No lo sé. ¡Ah!... ¿por qué decias que te alegrabas de encontrarme? (*Ocultando siempre el faldero.*)

MANUEL.

Porque tenemos que hablar de un asunto que se relaciona contigo.

AMPARO.

¡Hombre!... eso es grave.—Pues tú dirás.

MANUEL.

Sí, yo diré y tú harás por no perder ni una letra de lo que voy á decir.—¡Flores!... qué ramo de flores es este?...

AMPARO.

Ese ramo... y aquel otro ramo que está sobre la chimenea... son dos ramos que hoy ha regalado no sé quién á tu mujer.

MANUEL.

(*Coge los ramos.*) Perfectamente; perfectísimamente. Hay quien se dedica á regalar flores á Elena; ella las toma; y sin duda, porque sabe que de noche no quiero flores en las habitaciones, las ha dejado aquí para que yo las vea y las coja y las arroje á la calle. Perfectamen-

te; perfectísimamente. (*Manuel abre el balcon y tira los ramos; entretanto Amparo habrá metido en el sombrero el falderillo.*)

AMPARO.

¿Qué has hecho?... estás loco?...

MANUEL.

Ya lo has visto. No pudiendo arrojar por el balcon al que regala las flores, he arrojado los ramos.

AMPARO.

¡No haria más Otelo!... y ¿cómo has vuelto tan pronto? ¿se ha muerto tu amigo?...

MANUEL.

¿Mi amigo?... Sí, ya se ha muerto y ya lo han enterrado. (¿Quién habrá mandado esas flores á mi mujer?...)

AMPARO.

Conque enterrado, ¿eh?... buen bribon eres tú. Por supuesto que ya no me negarás que la carta perfumada que has recibido esta noche era de una mujer.

MANUEL.

Lo has adivinado. (¡Esas florecitas!...)

AMPARO.

Y... ¿te citaba para acompañarla á algun jubileo?

MANUEL.

Me citaba para darme noticias que no sé el efecto que te producirán.—Creo que ha sonado la puerta de la alcoba de Elena...

AMPARO.

No, no es fácil.

MANUEL.

¿Cómo que no es fácil? ¿qué quiere decir que no es fácil?

AMPARO.

Muy claro está: quiere decir que es difícil.

MANUEL.

(*Acercándose á la puerta.*) ¡Cerrada!... es extraño... (No sé que infame sospecha comienza á martirizarme.)

AMPARO.

(El barómetro ha llegado á tiempo revuelto; ántes de cinco minutos marcará tempestad.) (*Se sienta al piano y comienza á tocar la danza de las Bacantes de Filemon y Baucis, haciendo como que no oye á Manuel.*)

MANUEL..

¡Esto sólo me faltaba!... un ratito de música de

Gounod. Amparo ¿quieres hacerme el obsequio de no seguir esa danza?... Sabes que odio instintivamente todo lo que es francés : no oyes?... ¡Amparo!... (*Gritando.*) Con diez mil de á caballo ¿quieres dejar esa música?...

AMPARO.

¡Ah!... me has asustado. Qué maneras... qué tono...

MANUEL.

Es que parece que lo haces á propósito para que yo estalle.

AMPARO.

Pues, hijo, ni que fuera un crímen tocar el piano!... Te has vuelto insufrible... hasta grosero...

MANUEL.

Tienes razon; dispénsame.

AMPARO.

Dispensado. (Me estoy bañando en agua de rosas.)

MANUEL.

¿Por qué decias que era difícil que se oyera ruido hácia aquella puerta?

AMPARO.

¿Por qué? por nada.

MANUEL.

Está bien. (Indudablemente aquí pasa algo.)

AMPARO.

Esa mansedumbre me obliga á decirte lo que sé: Elena no está en casa.

MANUEL.

¿Qué dices?... no; yo he oido mal; tú has dicho...

AMPARO.

(*Dando todo el valor posible á la frase.*) Que Elena no está en casa.

MANUEL.

¿Pues á dónde ha ido á las doce de la noche?...

AMPARO.

Eso no lo sé.

MANUEL.

¿Pero ha salido sola?

AMPARO.

¡Sola!

MANUEL.

Amparo, por Dios uno y trino. Tú comprendes que el estado de mi ánimo en este instante es horroroso; tú sabes lo que ocurre... habla... te lo ruego.

AMPARO.

Repito que no sé nada más que lo que ya te he dicho.

MANUEL.

¡Oh!... yo averiguaré lo que esto significa. (*Toma el sombrero.*) ¿Qué hay dentro de mi sombrero?... ¡calla! ¡un perro de lanas!... (*Saca el perro y deja el sombrero.*) ¿Qué es esto?

AMPARO.

Tú lo has dicho; un perro de lanas.

MANUEL.

¿Pero qué perro es este?...

AMPARO.

Un regalo que han hecho esta noche á tu mujer.

MANUEL.

¿Otro regalo? ¿Con que hay quien regala á Elena todo lo que á mi me desagrada y Elena acepta los regalos como si fuera lo más natural del mundo?... ¿Con que yo aquí soy una especie de para-rayos, un monigote, un ridículo juguete?...

AMPARO.

¡Válgame Dios, qué cosas dices!... Yo creo que no hay motivo para ponerse tan alborotado.

MANUEL.

¿Que no hay motivo?... ¿con que no hay motivo?...

AMPARO.

Así al ménos me parece. (Se ha puesto lívido.)

MANUEL.

¡A tí no te parece nada!... ¡Un faldero!... ¿quién será el sér dadivoso que tanto obsequia á mi mujer?... ¡Si estos animalitos hablaran!... No sé por que razon no han de hablar los perros.

AMPARO.

¿Ese es muy bonito, verdad?...

MANUEL.

Sí; muy bonito; sumamente bonito; excesivamente bonito. Verás, verás mañana que fresco amanece en el balcon. (*Vuelve á abrir el balcon y encierra en él al perro.*)

AMPARO.

¿Qué vas á hacer?

MANUEL.

Nada; proporcionarle una perrera para que pase la noche.

AMPARO.

Eso es una atrocidad; ¿no ves que se va á morir de frio?... (¡Si la vecina lo viera!) *(Ladridos.)*

MANUEL.

¡No lo creas! Los perros son como los chicos y los gatos; tienen siete vidas. (*Siguen los ladridos.*)

AMPARO.

¿Oyes cómo ladra?

MANUEL.

Ya dejará de ladrar cuando se canse.

AMPARO.

Déjame tú que lo tome y me lo llevaré á mi habitacion.

MANUEL.

¡Ca!... no lo esperes.

AMPARO.

No seas terco.

MANUEL.

He dicho que nó. ¿Hablo en griego? (*Siguen los ladridos.*)

AMPARO.

Bien; se alborotará el barrio; se quejarán los vecinos...

MANUEL.

Pueden hacer lo que gusten.

AMPARO.

¿Pero no oyes?... Ahora ladra más recio.

MANUEL.

Despues ladrará más bajo.

UNA VOZ DE VIEJA.

¡Vecinas! ¡Vecinas!...

AMPARO.

(¡Adios mi dinero!... Esa es la voz del ama de la víctima.)

LA MISMA VOZ.

Vecinas ¿qué hacen ustedes con el Sultan?

AMPARO.

Mira lo que has conseguido.

MANUEL.

¡Y qué!... ya verás qué andanada le suelto á esa vieja rancia. (*Abriendo el balcon.*)

AMPARO.

No la digas nada; te lo explicaré todo.

MANUEL.

(*Al balcon.*) Dígame usted, señora...

AMPARO.

(*Interrumpiéndole.*) Cállate y escucha.

MANUEL.

¡Déjame en paz!—¿Quién autoriza á usted á meterse en lo que yo hago en mi casa?

LA MISMA VOZ.

En vez de ser un desvérgonzado, debia usted respetar lo de las ajenas.

MANUEL.

¿Cómo desvergonzado?... ¡yo desvergonzado!... Si no mirara que lleva usted faldas y que tiene ya un pié en la sepultura, yo le diria á usted lo que soy, momia entrometida.

LA MISMA VOZ.

¡Insolente! ¡mal criado! Deme usted mi faldero.

MANUEL.

¿Con que es de usted esta alhaja?... (*Echando el perro.*) Ahí va, para que no se malogre.

UNA VOZ DE HOMBRE.

Señor vecino, ¿quiere usted repetir lo que ha dicho á mi madre?

MANUEL.

Haga usted cuenta de que la he dicho todo lo que me ha dado la gana.

LA VOZ DE HOMBRE.

Haga usted cuenta de que voy á arrancarle los hígados.

(*Los tres parlamentos siguientes deben decirse á un mismo tiempo, de modo que resulte una confusa algarabía.*)

MANUEL.

¿De veras, eh?... me alegro, hombre, me alegro. Veremos, quién se los arranca á quién. Precisamente necesitaba romperme el alma con alguien y ese alguien va á ser usted. Pues no faltaba más!... Buenas pulgas tiene el niño para sufrir impertinencias á nadie!...

LA VOZ DE HOMBRE.

Mañana mismo mandaré á usted mis padrinos y veremos si es tan arrogante enfrente del cañon de una pistola como delante de una anciana.

LA VOZ DE VIEJA.

Calla, hombre, calla!... Tú no tienes que tomar vela

en este entierro. ¡Te digo que te calles!... Haga usted el favor de callar y no hacer caso de mi hijo.

MANUEL.

¿Se van ustedes?... ¿cierran ustedes? Ya veremos apenas amanezca quién lleva el gato al agua.

(*Cierra el balcon y entre tanto Elena entreabre la puerta y dice á Amparo, asomando la cabeza.*)

ELENA.

¿Qué has hecho?... Yo voy á decir á Manolo la verdad.

AMPARO.

¡Calla y cierra! Tiempo sobrará para arreglarlo todo. (*Elena cierra.*)

MANUEL.

Y aún habrá hombres tan estúpidos que se casen, y no se promulga una ley condenando á garrote vil al que se acerque á una mujer!... ¿qué es lo que me falta para darme á todos los demonios del infierno?...

AMPARO.

(Ahora vas á ver lo que te falta.)

(*Coge la carta que tomó de la cajita y se pone á mirarla acercándose á las bujías.*) ¡Qué imprudencia! dejar aquí este borrador... (*Como hablando consigo misma.*)

MANUEL.

¿Eh?... ¿qué es eso?...

AMPARO. (*Fingiendo turbacion.*)

¡Ah!... nada... no es nada...

MANUEL.

¿Qué papel es ese que ocultas?...

AMPARO.

¡Nada!... un papel... una carta de Wenceslao...

MANUEL.

Eso no es verdad.—Lo conozco en tu voz. Lo veo en tu cara.

AMPARO.

Sí, sí es verdad... y voy á guardarla.

MANUEL.

Amparo, no me obligues á que me olvide de todo y descargue sobre tí la tormenta que ruge en mi alma. Dáme ese papel.

AMPARO.

Pero si te digo...

MANUEL.

¡Dáme ese papel!... (*Arrancándoselo.*) ¡Oh!... letra de

Elena. (*Leyendo.*) Um-um-um-um... Tendremos para vernos desde las ocho y media hasta las once...—um-um-um... (*Cayendo sobre una butaca.*) ¡Señor, Señor!... yo no puedo más.

AMPARO.

¿Qué te pasa?... ¿te pones malo?...

MANUEL.

¿Con que era cierto? ¿con que este es el pago de mi conducta irreprochable?... ¿con que era mentira lo de la jaqueca?... ¡Oh!... no se reirá esa infame de su hazaña. ¡La mato! ¡la mato!...

AMPARO.

¡Cálmate, hombre, cálmate!... Puede que nos engañen las apariencias.

MANUEL.

¡Calmarme!... sí, me calmaré, me calmaré cuando me haya bañado en la última gota de su sangre. (*Golpea frenético la puerta del cuarto de Elena.*)

AMPARO.

(¿Se ha vuelto loco de veras ó es que yo empiezo á tener miedo?) Que vas á echar la puerta abajo.

MANUEL.

Eso es lo que yo quiero. ¡Ah!... por esta otra... (*Sale fuera de sí por la puerta lateral inmediata.*)

ESCENA XV.

AMPARO, ELENA.

ELENA *abre la puerta de su gabinete y entra azorada en la escena.*

¿Qué va á pasar aquí? ¿en qué laberinto nos hemos metido?...

AMPARO.

Escóndete á escape, que no te vea y no salgas hasta que me oigas toser. Voy á cortar por lo sano. (*Elena desaparece por la derecha. Amparo cierra la del segundo término izquierda y empuja para evitar que se abra al primer esfuerzo de Manuel: se oyen algunos golpes; Amparo se retira, la puerta se abre y aparece Manuel pálido y desencajado. Avanza, y anonadado cae en una butaca.*)

ESCENA XVI.

AMPARO, MANUEL.

MANUEL.

¡No está!... ¡no está!..

AMPARO.

Vamos, hombre, no lo tomes tan á pecho ¡qué diantre!... en las circunstancias difíciles es cuando se prueban el talento y la cordura de los hombres.

MANUEL.

¡Cordura!... ¡talento!...—¿A qué hora ha salido Elena?...

AMPARO.

No lo sé.

MANUEL.

¿Me has dicho que iba sola?...

AMPARO.

No lo recuerdo.

MANUEL.

¿Dónde supones que estará?

AMPARO.

No supongo nada.

MANUEL.

Tienes razon; soy un necio; soy un mentecato al hacer estas preguntas á una mujer cuyo marido, por no poderla sufrir, ha emigrado á Ultramar con el pretexto de que le obligaban á tomar un empleo en Cuba.

AMPARO.

Mira, Manolito, me parece que el que rabies de celos no te autoriza para decirme inconveniencias y para formar calendarios sobre las razones que pudo tener Wenceslao para irse á la Habana. Además, mi marido, como tú y como todos, es un grandísimo belitre...

MANUEL.

¡Amparo!

AMPARO.

Belitre; está dicho. Y como yo no soy esa alma de pasta de flora que se llama Elena, no queria consentirle marrullerías ni chapuces... ¿Entiendes?... ¡Me hacen á mí gracia estos señores, que sin duda han llegado á figurarse que las mujeres tenemos el alma de alcorza, y

que debemos consentir que pasen por encima de nosotras carretas y carretones!... ¿Por qué, tú, que al sospechar que Elena te es infiel, te has puesto como una fiera, no has tenido en cuenta el efecto que la habrá producido el saber que esta misma noche has faltado á la palabra que la habias dado de acompañarla á un baile, porque tenias cita con otra mujer?...

MANUEL.

¿Y qué sabe Elena; ni qué sabes tú del objeto de esa cita?

AMPARO.

Saber... lo que se llama saber, verdaderamente no lo sabemos; pero no tardaremos en saberlo, porque tú nos lo vas á decir.

MANUEL.

(Las flores... el perro de lanas...)

AMPARO.

¿Verdad que vas á cantar de pé á pá?...

MANUEL.

(La carta... la escapatoria...)

AMPARO.

¿No me oyes?...

MANUEL.

Sí, sí te oigo; pero mejor seria que te recogieras ya; es tarde; conque buenas noches y que duermas bien.

AMPARO.

¿Cuánto apostamos á que si prometo decirte dónde está Elena no te parece tan tarde?...

MANUEL.

¿Con que lo sabes? ¿Con que tienes la crueldad de ver mi desesperacion y guardar silencio?... Habla, habla.

AMPARO.

Vamos á cuentas. Yo necesito ante todo el billete que has recibido esta noche.

MANUEL.

¿No es más que eso?... Aquí lo tienes, toma; pero habla, habla por favor.

AMPARO.

Necesito además que me autorices para entregárselo á tu mujer.

MANUEL.

Yo te autorizo para todo lo que se te antoje. ¿Dónde está Elena? (*Amparo tose.*)

ESCENA XVII.

DICHOS, ELENA.

ELENA.

Aquí.

MANUEL.

¡Ah!... en mi gabinete. ¿Luego no has salido?... Venga usted, venga usted acá. ¿De quién es esta letra?

ELENA.

Mia.

MANUEL.

¿Y lo confiesa usted con ese aplomo?... está bien. ¿A quién ha escrito usted esta carta?...

AMPARO.

A un hombre á quien quiere mucho.

MANUEL.

¿Mucho, eh?... (La voy á estrangular.)

ELENA.

Con todo mi corazon.

MANUEL.

¿Cómo se llama ese hombre?...

AMPARO.

Cualquiera creeria que piensas matarlo al verte de ese modo.

MANUEL.

Y creeria la verdad quien tal creyese. Le buscaré, le mataré, le despedazaré...

AMPARO.

¿A que nó?

ELENA.

¿A que nó?

MANUEL.

Que no? Eso lo veremos. ¿Cómo se llama? pronto...

ELENA.

Se llama... se llama... Don Manuel del Moral.

AMPARO.

Anda, búscale.

ELENA.

Mátale.

AMPARO.

Despedázale.

MANUEL.

¡Ah! sí, yo recuerdo...

ELENA.

Esa carta es una de las que me entregaste el dia que nos casamos, para conservar reunida nuestra correspondencia de novios.

MANUEL.

Es cierto, es cierto. Pero yo no acabo de comprender... Los ramos de flores que he tirado á la calle...

AMPARO.

Eran mios; la danza de las Bacantes, mia; el perro faldero, de quien ya sabes; y todo lo que ha ocurrido aquí, una invencion exclusivamente mia para arrancarte esta carta, y con ella la confesion de que has faltado á tu mujer, cuya única debilidad es quererte con exceso.

MANUEL.

¿Es decir, que te habias propuesto desunir dos almas que sólo juntas pueden encontrar la dicha?... Yo, en cambio, haré cuanto esté de mi parte para que te reunas con tu marido. Y ya que tanto deseabas coger ese billete, léelo tú misma y yo te diré despues dos palabras por vía de apéndice.

AMPARO.

Ya lo creo que lo leeré. Dice así: (*Leyendo.*) «Señor »Don Manuel del Moral. Mi excelente amigo: para tra»tar de un asunto que interesa mucho á Amparo, es»pero á usted en casa esta noche de once á once y me»dia. Importa el secreto más absoluto. Suya invariable »y afectísima amiga Q. B. S. M.—Cármen Carrillo.»

MANUEL.

Ya ves cómo despues de leida esa carta no tengo que confesar culpas que no he cometido, ni hacer propósitos de la enmienda que serian extemporáneos.

ELENA.

Yo soy la que tengo que avergonzarme de haber dudado de tu cariño, y te pido perdon por mi ligereza.

AMPARO.

¡Mujer!... ¡No seas tan alma de cántaro!... ¿Tú crees que estas palabras dicen lo que quieren decir?... Aquí no se prueba sino que tanto él como ella son tan largos que se pierden de vista, y que toman sus precauciones para no ser descubiertos en ningun caso.

ELENA.

¡Jesús!... ¡qué cosas se te ocurren!...

MANUEL.

Ya la has oido. ¿Qué mucho que tú hayas dudado de mi ternura, si yo mismo dudo cómo no la ahogo entre mis manos?

AMPARO.

En vez de ese ridículo alarde de fuerza bruta, más valia que dijeses lo que has hablado en el baile con Cármen.—No lo dirá, nó; verás como no lo dice.

MANUEL.

Sí, sí lo diré, porque me he propuesto llevar mi paciencia hasta lo infinito, y porque, ántes de que nos separemos, quiero hablarte como un buen hermano, aunque de nada te servirá. Cármen, que es una señora y una esposa modelo, me ha llamado para decirme que ha recibido carta de tu marido, en que la encarga se entere de si es cierto que estás decidida á ir á reunirte con él, para salir de Cuba ántes que tú llegues, porque no quiere ver de nuevo á la loca de atar, que en mal hora fué su mujer. Cármen me recomendaba el secreto, porque sabe lo fácil que es empañar una reputacion; y Cármen, por último, hará cuanto pueda por evitar el triste espectáculo que ofrece un matrimonio en el que las ofensas remplazan al cariño, el desden al respeto, la aversion á la fe jurada, y la mútua imprudencia al sagrado cumplimiento de los deberes.

AMPARO.

¡Palabras, palabras y palabras!... Todo eso se reduce á indicarme que estoy aquí de sobra, de lo cual me doy la enhorabuena. Ahora mismo me marcho casa de una amiga mia, y mañana mandaré por mi equipaje.

MANUEL.

Yo no trato de ponerte un puñal al pecho. Buscaremos un cuarto á propósito...

AMPARO.

Gracias, muchas gracias, muchísimas gracias. Ya sé lo que puedo esperar de vosotros, y lo que deseo es perderos de vista para siempre. He dicho. (*Váse.*)

MANUEL.

¿Has visto mujer más ingrata en tu vida?

ELENA.

¡Harta desgracia tiene con pensar mal de todos! Debemos perdonarla.

MANUEL.

Eres un ángel, Elena mia.

AMPARO, *apareciendo en la puerta.*

Vuelvo á decirte que no busques esta noche el vaso de leche, porque ya te lo has bebido por la cabeza. Hasta nunca.

ESCENA ÚLTIMA.

MANUEL, ELENA.

MANUEL.

¡Buen viaje! Sólo me faltaba saber que fué ella la que me puso hecho una lástima.

ELENA.

¡Ah!... ¿y la cuestion que has tenido con el vecino?... yo no quiero que te batas; mañana no te dejo salir de casa.

MANUEL.

Mañana daré á ese caballero y á su madre todas las satisfacciones que me exijan, y quedaremos tan amigos como ántes.

ELENA.

¡Quiéralo Dios y quiera tambien conservarnos nuestra felicidad, que ya juzgaba perdida para siempre!

MANUEL.

No temas por ella. Donde hay amor, lealtad y confianza, todas las eventualidades desagradables que puedan ocurrir son nubes pasajeras que barre el viento de la razon y disipa el sol del cariño.

CAE EL TELON.



